

El PSUC frente a una desestalinización impactante*

The PSUC in front of a dramatic de-Stalinization

Josep Puigsech Farràs

Universitat Autònoma de Barcelona

Resumen

Este artículo analiza el proceso de desestalinización en el PSUC entre 1956 y 1957 a través de la imagen pública que se quiso transmitir del mismo por parte de la dirección del partido. La denuncia del culto a la personalidad y las distancias mínimas respecto a la figura de Stalin se convirtieron en los dos ejes sobre los que basculó dicha imagen. A partir de aquí, los sucesos húngaros de 1956 y las acciones contra el denominado «Grupo Anti-Partido» en 1957 se erigieron en las dos primeras, y diferentes, pruebas de fuego que dicha imagen tuvo que superar.

Palabras clave: Comité Central del PSUC, imagen pública, culto a la personalidad, Stalin, 1956-1957

Abstract

This article analyzes the process of de-Stalinization in the PSUC between 1956 and 1957 through the public image generated by the party leadership. The two main axes of this image were the denunciation of the cult of personality and the proximity to Stalin's image. The Hungarian events of 1956 and the actions against the «Anti-Party Group» in 1957 were two test cases that had to be overcome in this process.

Keywords: PSUC Central Committee, public image, personality cult, Stalin, 1956-1957

* Una parte de las aportaciones de este artículo han sido resultado del proyecto financiado por el Ministerio de Ciencia e Innovación HAR2014-53498 «Culturas políticas, movilización y violencia en España, 1930-1950».

El PSUC y su particular punto de partida

El Partit Socialista Unificat de Catalunya (PSUC) llegó a 1956 con una trayectoria ostensiblemente diferente a la del resto de partidos comunistas de Europa Occidental. Ciertamente, con el Partido Comunista de España (PCE) compartía la especificidad de una dinámica de exilio que singularizaba a ambos en el marco político europeo de esos años. Pero, a diferencia de éste, estaba marcado por la resolución de un conflicto interno estructural cuyo origen se situaba en los años de la Guerra Civil y el inicio del exilio, del que tanto el PCE como la dirección del movimiento comunista internacional en Moscú no habían quedado al margen.

El PSUC había vivido una dura lucha interna desde 1938 entre partidarios y detractores de mantener el partido como una formación independiente del PCE. La expulsión del primer e histórico secretario general del PSUC, Joan Comorera, culminó esa dinámica en 1949. El argumento principal que se le aplicó fue, como era de esperar, el desviacionismo ideológico, aprovechando la oleada antistitista que marcó el movimiento comunista fiel a Moscú tras la Segunda Guerra Mundial. Pero la salida de Comorera supuso realmente la derrota, sin paliativos, del sector que apostaba por mantener el partido como una formación independiente del PCE, tal y como se había mantenido, con mayor o menor intensidad, desde su nacimiento el 24 de julio de 1936. La nueva dirección, tras la salida forzada de Comorera, quedó concentrada básicamente en unos cuadros que procedían de las juventudes del partido y que se identificaban plenamente con las tesis favorables a situar la formación catalana como filial del PCE en Cataluña. Es más, esta nueva dirección se encontraba bajo el control, desde la sombra, de Santiago Carrillo, muy especial-

mente hasta la celebración del I Congreso del PSUC en el verano de 1956.

Junto a ello, la otra espina que se había heredado de los años de la guerra, es decir, el origen y carácter del PSUC como una formación unificada y, por lo tanto, no comunista ortodoxa, se había empezado a encauzar a mediados de la Guerra Civil y, muy especialmente, tras el inicio del exilio. Ello había permitido que el PSUC se reconfigurase como una formación comunista ortodoxa durante la década de los años cuarenta.

Así, pues, la radiografía del PSUC al inicio de 1956 era la de una formación comunista ortodoxa que, de facto, se situaba como filial catalana del PCE. Pero su camino hasta este punto final había sido todo menos un camino de rosas. Más aún si se comparaba con el resto de partidos comunistas de la Europa Occidental. Mientras estos últimos habían nacido al calor de la formación de la Internacional Comunista (IC), configurándose como tales mayoritariamente durante los años veinte, el PSUC nacía a mediados de los años treinta. Mientras los primeros portaban en su ADN ideológico el comunismo, el PSUC lo hacía a través de un antifascismo y marxismo que tuvo que ser reconducido hacia el comunismo ortodoxo. Mientras los primeros habían sido secciones nacionales de sus respectivos Estados en el marco de la IC, el PSUC se autoconsideraba adherido a la IC desde su primer día de vida y no sería reconocido como sección nacional catalana de la IC hasta el verano de 1939, generando una auténtica anomalía dentro de las filas internacionalistas ya que en un mismo Estado, España, existían dos secciones nacionales, PCE y PSUC^[1].

1.- Carme Cebrián, *Estimat PSUC*, Barcelona, Empúries, 1997, pp. 23-28; José Luis Martín Ramos, *Rojos contra Franco. Historia del PSUC, 1939-1947*, Barcelona, Edhasa, 2002, pp. 26-281; y Josep Puigsech Farràs, *Entre Franco y Stalin: el difícil itinerario de los comunistas en Cataluña, 1936-*



Conmemoración del XI aniversario del PSUC, acto celebrado en París el 27 de julio de 1947 (Foto publicada en *Mundo Obrero* el 31 de julio de 1947. Archivo Histórico del PCE).

Una última cuestión de fondo debe tenerse también presente. Se trata de un aspecto ligado, aparentemente, a factores cronológicos, pero que nos presenta un primer indicio sobre cómo fue asimilado el terremoto político que supusieron las denuncias de Jruschov en el XX Congreso del PCUS. Se trató de establecer una cierta distancia inicial respecto a las mismas, concebida como una especie de distancia de seguridad que permitiese digerir las nuevas procedentes de Moscú. Así, pues, si en la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas (URSS) se celebraba el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS) a inicios de 1956, en una municipalidad de París unos pocos meses más tarde, en agosto —aun-

que por cuestiones de seguridad la documentación del partido indicó que se había realizado en octubre— se llevaría a cabo el I Congreso del PSUC. El partido catalán había necesitado nada más y nada menos que veinte años de vida para celebrar su primer congreso. Pospuesto bajo el argumento de la situación excepcional que suponían tanto la Guerra Civil como el inicio del exilio, el partido se encontraba ahora ante una dinámica estable, aunque de exilio, que no daba pie a postergarlo nuevamente. Ahora bien, la celebración del congreso coincidía con los efectos inmediatos del congreso del PCUS en el que Nikita Jruschov denunció públicamente los crímenes y el terror del estalinismo, así como los lastres del culto a la personalidad. Pero la convocatoria del I Congreso del PSUC quiso ignorar esa rea-

1949, Mataró, Ediciones El Viejo Topo, 2009, pp. 131-284.

lidad. Fue presentada como resultado exclusivo de la dinámica interna del partido. Josep Moix, el formalmente nuevo hombre fuerte del partido, así lo hizo público en nombre del Secretariado, al mismo tiempo que presentó el PSUC como una formación marxista-leninista, independiente del PCE y, a la vez, nacionalista e internacionalista, que ostentaba la representación de la clase obrera y el pueblo de Cataluña.

El PSUC, oficialmente, realizaba su primer congreso para configurar la dirección del partido a través de un proceso de elección de democracia interna que no había puesto en práctica durante sus veinte años de vida; para dotarse de unas normas de funcionamiento propias; para desarrollar unas nuevas tesis políticas ante la realidad de la lucha antifranquista; así como para renovar la composición de un Comité Central que desde el inicio del exilio había tenido que superar una constante lucha frente a los sectores del mismo que eran considerados nacionalistas, reformistas y anarcosindicalistas. La presencia de miembros del partido en este congreso fue bastante pingüe. Se situó en unos cincuenta cuadros. Entre ellos destacaban algunos de los que podían considerarse como la vieja generación de la Guerra Civil, como el citado Moix, Rafael Vidella o Pere Ardiaca. También estuvieron presentes diferentes cuadros que se habían quedado en Cataluña o habían sido enviados a ella para organizar la lucha antifranquista, como Gregorio López Raimundo, Josep Serradell o Miguel Núñez. Finalmente, también hubo representación de la nueva generación de jóvenes que se habían formado ya en la lucha clandestina. Los resultados del congreso fueron nítidos. Se constituyó un nuevo Comité Central, que quedó integrado por más de veinte miembros permanentes y, también, siete suplentes^[2].

Junto a ello, se adoptó una nueva línea política, la Política de Reconciliación Nacional, que no olvidemos que también había sido formulada por el PCE tan solo tres meses antes. Ello situaba el partido catalán al lado del PCE, aunque mostraba un interés especial por resaltar la lucha por las libertades nacionales de Cataluña como un factor inherente a dicha política^[3].

Asumiendo la denuncia del culto a la personalidad

Teniendo presente toda esta base, la primera reacción de la dirección del PSUC ante el XX Congreso del PCUS fue silenciar las denuncias realizadas por Nikita Jruschov. El Comité Central del PSUC no dudó en difundir a través de su órgano de prensa, *Treball*, la celebración del XX Congreso del PCUS. Lo hizo de forma casi inmediata, concretamente en el mes de marzo de 1956. Pero ni una sola palabra sobre las denuncias a los crímenes y el terror estalinista, ni sobre el culto a la personalidad. El XX Congreso del PCUS quedó circunscrito única y exclusivamente a los logros materiales conseguidos por la URSS durante los últimos años, las perspectivas de futuro inmediato del país en clave de desarrollo social y en la esfera de la política internacional, así como su papel de vanguardia mundial en la construcción del comunismo. Se alabaron las transformaciones sociales, económicas y culturales vividas por el país desde octubre de 1917 hasta la actualidad —poniendo especial énfasis el mérito que había supuesto superar el im-

2.- El informe en cuestión se encuentra reproducido parcialmente en C. Cebrián, *Estimat PSUC*, p. 29.

3.- Para seguir más detalladamente el contenido de la Política de Reconciliación Nacional en el PSUC, véase *Ibidem*, pp. 31-34. La política concreta de alianzas antifranquistas que se derivó del I Congreso del PSUC puede seguirse en Gaiame Pala, *El PSUC. L'antifranquisme i la política d'aliances a Catalunya (1956-1977)*, Barcelona, Base, 2011 pp. 13-36.

pacto tanto de la Guerra Civil Rusa como de la Segunda Guerra Mundial—, así como las proyecciones del VI Plan Quinquenal que pretendía elevar los salarios reales de la población soviética en un 30% y, en concreto, los ingresos de los campesinos en un 40%, además de la voluntad de reducir la jornada laboral durante los próximos años. Tampoco se dejaron de lado las referencias a la URSS como baluarte de la defensa de la paz mundial y la coexistencia pacífica. Ni el papel del país de los soviets en el cambio de la correlación de fuerzas entre el mundo capitalista y el socialista, cuyo resultado más llamativo había sido una nueva correlación de fuerzas que permitía que en determinados países existiese la posibilidad de realizar una transición al socialismo por la vía parlamentaria. Y, como era de esperar, se utilizaban los éxitos soviéticos para presentarlos como la base que legitimaba al PSUC dentro de las fuerzas antifranquistas. Ello le permitía reclamar la unidad de las diferentes fuerzas obreras en el exilio y, a través de esto, afrontar de forma eficaz la lucha antifranquista y el restablecimiento de la libertad en España^[4]

Esta línea interpretativa se mantuvo hasta el mes de mayo. Pero a partir de este momento se produjeron los primeros movimientos. No fue ninguna casualidad. Un triple contexto fue decisivo para ello. Por un lado, la inminente celebración del primer congreso del partido, solo a tres meses vista del mismo. Segundo, la dinámica en la que los diferentes partidos comunistas europeos occidentales, aunque fuera paulatinamente, tenían que empezar a asumir públicamente las denuncias realizadas por Jruschov. Y, finalmente, la realidad interna española y, muy especialmente, la catalana. Todo ello configuraba un escenario en el

que el PSUC no podía quedarse al margen de las fuerzas centrífugas que se habían iniciado en el núcleo de poder del movimiento comunista y que arrastraba a todas las formaciones nacionales identificadas con Moscú. Tampoco podía afrontar con garantías un congreso que tenía que marcar las líneas maestras del presente y futuro inmediato del partido, sin tener presente la nueva realidad que se había presentado en Moscú. Y, obviamente, no podía ignorar los crecientes conatos de conflictividad en fábricas y universidades que se mascaba en los inicios de 1956 en España. Se proyectaba un escenario de cierta movilización contra la dictadura que el partido llevaba tiempo reclamando y que esperaba encabezarse. Muy sintomático en este sentido fue que la dirección del PSUC no dudó en dirigirse a una base social mucho más amplia que la estrictamente obrera. Estos últimos eran un colectivo prioritario. Pero junto a ellos también se añadían los empleados, estudiantes e intelectuales^[5].

Así, pues, el Comité Central del PSUC dio un paso al frente. En el mes de mayo reconoció públicamente las denuncias que el XX Congreso del PCUS había vertido sobre el culto a la personalidad. Y, como no podía ser de otra forma, las presentó en clave positiva. Dichas denuncias, conjuntamente con el hecho de insistir nuevamente en los progresos materiales que había conseguido la URSS al llegar a 1956 y sus perspectivas de crecimiento en el futuro inmediato, fueron presentadas como unos elementos de vigorización del partido. Éste se fortalecía

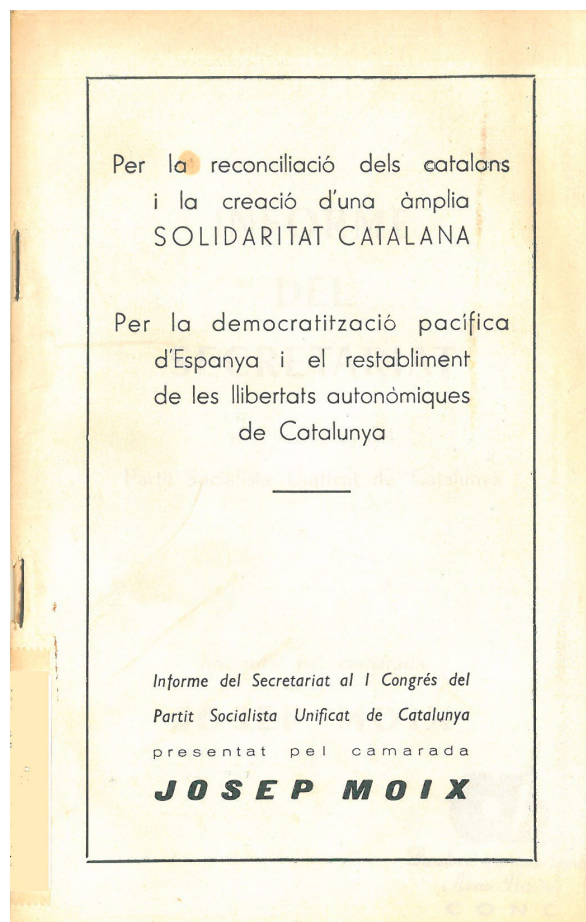
4.— Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «El congrés dels constructors del comunisme», 1956, *Treball*, Arxiu Nacional de Catalunya (ANC).

5.— En este último sentido, resulta claramente ilustrativa la penetración del partido en el ámbito de las propuestas laborales en las empresas. Esta se inicia antes de los sucesos de 1956, pero al llegar a ese año ha conseguido ya un poso interesante que, además, irá creciendo progresivamente. Así puede seguirse en Antoni Lardín i Oliver, *Obrers comunistes. El PSUC a les empreses catalanes durant el primer franquisme (1939-1959)*, Valls, Cossetània, 2007, pp. 150-241.

internamente gracias a esas denuncias. Gracias a ellas podía realizar una autocrítica precisa y contundente, así como fomentar la iniciativa creativa de todos los militantes del partido, pensando muy especialmente en la dinamización que ello podía suponer para atraer a nuevos militantes y simpatizantes en la lucha antifranquista. La verborrea empleada no ofrecía ninguna duda al respecto: las denuncias al culto a la personalidad fortalecían los lazos que unían las masas obreras y populares de Cataluña con el partido, considerado este último como el mejor ejemplo posible de la combatividad y abnegación en la lucha contra el franquismo^[6].

Ahora bien, a partir de esta base sería el I Congreso del PSUC el encargado de asumir en toda su dimensión las denuncias del culto a la personalidad. Pero se haría excluyendo cualquier referencia a los crímenes y al terror estalinista. Así, pues, la dirección del PSUC identificaba las denuncias políticas de Jruschov únicamente en relación con el culto a la personalidad, atribuyéndole a este último toda la responsabilidad de la vulneración del centralismo democrático en el funcionamiento del partido. El culto a la personalidad era el responsable, el único responsable, de la coartación de las libertades de los militantes del partido o, dicho de otra manera, el responsable de las dinámicas de imposición y seguidismo a las que se habían visto sometidos los militantes del PCUS y, también, los del PSUC. Así, pues, el esquema aplicado sobre el PCUS se extendía miméticamente sobre el partido catalán.

El I Congreso del PSUC sentenció que la imposición de la disciplina y la autoridad de la dirección del partido sobre la militancia habían sido fruto de dicho culto, aceptando



Informe de Josep Moix presentado en el I Congreso del PSUC celebrado en París en 1956 (Fuente: Arxiu Històric de CCOO de Catalunya).

que se había llevado a cabo sin una discusión real y funcionando como una apisonadora que actuaba mecánicamente sobre cualquier opinión discrepante respecto a las decisiones de la dirección del partido, por pequeñas que fueran. El resultado no era otro, siempre según la versión oficial aprobada en el congreso, que una degeneración del centralismo democrático en las filas del partido catalán. El resultado final era un debilitamiento interno del PSUC y ello minaba progresivamente la confianza de los militantes, tanto en relación con la propia dirección como con la línea del partido. Por todo ello, el I Congreso del PSUC sancionaba tanto el culto a la personalidad, como las consecuencias que había tenido

6.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Enfortir i desenvolupar les organitzacions del P.S.U.», 1956, *Treball*, ANC.

sobre el partido. Y oficializaba el compromiso de la dirección del partido, una vez reconocida la existencia de dicho culto y constatado la firme voluntad de superarlo, para desarrollar la crítica y la autocrítica dentro del partido. Así se fijó en los nuevos estatutos aprobados durante el congreso. El PSUC recuperaba, según la dirección del partido, el centralismo democrático, liberado de las desvirtuaciones que habían supuesto el culto a la personalidad.

Ahora bien, aquello que resulta más interesante es que se trasladaba a los militantes, y no la dirección del partido, la responsabilidad de velar por el buen funcionamiento del centralismo democrático. Los militantes eran los responsables de garantizar un correcto uso del centralismo democrático, es decir, tenían que disponer de la posibilidad de opinar libremente y criticar con espíritu constructivo los errores que detectasen en la trayectoria del partido, pero igualmente tenían que oponerse abiertamente a cualquier intento de entorpecer la acción del partido discrepando sobre decisiones ya aprobadas o alargando desmesuradamente las discusiones una vez los problemas que se afrontaban habían sido debatidos suficientemente. En otras palabras, la dirección del PSUC aceptaba formalmente las discrepancias en el seno del partido, porque eran concebidas, según su jerga, como la búsqueda del bien común de la clase obrera. Pero jamás podían ser el principio estructural del partido. Por ello, la conclusión era clara y, al mismo tiempo, un nítido aviso a navegantes. Las tendencias y fracciones dentro del partido eran inviables. Se las consideraba incompatibles con la renovación del centralismo democrático, puesto que llevaban a primar los intereses personales a los intereses del conjunto, llevaban a abandonar los principios marxistas-leninistas e insuflar elementos de ca-

rácter burgués^[7].

Sin lugar a dudas, todos estos argumentos implicaban una cierta renovación en el discurso del partido. No obstante, en la práctica se situaba dentro de un monolitismo que resultaba más familiar que desconocido y en el que, como vemos, se cerraba totalmente la puerta a cualquier conato de crítica de fondo, tanto a la dirección del partido como a la línea ideológica de este último.

Ahora bien, aún quedaba otro paso, nada baladí, en el proceso de asunción de las críticas al culto de la personalidad. Nos referimos a quién o quiénes podía/n tener el sanbenito de encarnar el culto a la personalidad en el PSUC. Y la respuesta no ofrecía ningún tipo de dudas. La solución se encontró en el ya defenestrado secretario general del PSUC durante la Guerra Civil y la primera década del exilio. Comorera focalizó en su persona todos los males del culto a la personalidad. El Comité Central del PSUC singularizaba en su antiguo secretario general todos los males del partido. Él era la encarnación del culto a la personalidad. Él la había ejercido desde el primer día de vida del partido hasta el último día en el que ejerció el cargo de secretario general^[8].

El hecho de centrar en Comorera los males del culto a la personalidad era una operación sin riesgo que, además, permitía mostrar públicamente la sintonía con los nuevos aires procedentes de Moscú. Comorera estaba fuera de circulación del partido y, por lo tanto, los males del PSUC quedaban focalizados en un fantasma del pasado

7.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Per l'enfortiment de la unitat política i orgànica del P.S.U.», 1956, *Treball*, ANC.

8.- El principal mentor de la campaña que situó a Comorera como sinónimo y responsable del culto a la personalidad fue Vidiella, tal y como se indica en Gregorio Morán, *Miseria y grandeza del Partido comunista de España 1939-1985*, Barcelona, Planeta, 1986, pp. 300-301.

que, además, no contaba actualmente con apoyos dentro del partido. Él y sus correligionarios habían sido derrotados en 1949 y, tras ello, animados a abandonar el partido y, los que no lo hicieron, invitados a situarse en la marginalidad dentro del PSUC. Es más, resulta interesante apreciar la comunión entre la dirección del PCE y la del PSUC a la hora de afrontar de forma bien particular las denuncias de Jruschov sobre el culto a la personalidad. Nos referimos a la ausencia de autocrítica sobre las expulsiones llevadas a cabo en el pasado, tanto en el PSUC como en el PCE. De hecho, las direcciones de ambos partidos no mostraron ningún conato de autocrítica a la hora de reflexionar sobre las salidas forzadas de Heriberto Quiñones, Jesús, Monzón, Jesús Hernández o Comorera. La autocrítica brilló por su ausencia^[9].

Marcando escasas distancias respecto a la figura y el legado material de Stalin

Asumidas las denuncias del culto a la personalidad y aplicadas sobre la figura de Comorera, aquello que debería ser el siguiente paso en la aplicación de la desestalinización del partido, es decir, asumir los crímenes y el terror estalinista, brilló por su ausencia. Uno y otro no fueron incorporados a la lectura pública que realizó el PSUC sobre el informe secreto de Jruschov. Lo máximo que se consiguió, que de hecho se convertía en una rutina para los partidos comunistas alineados con Moscú, fue que el Comité Central del partido catalán asumiese la desaparición del término «estalinista» como elemento definidor de la base ideológica del partido. El PSUC dejaba de presentarse como un partido marxista-leninista-estalinista para hacerlo como una

formación marxista-leninista.

La primera evidencia en este sentido se había mostrado ya en marzo de 1956. El Comité Central del PSUC reclamó públicamente la necesidad de profundizar en el estudio objetivo de las teorías de Karl Marx y de Vladimir Lenin. El argumento esgrimido fue corroborar el acierto de las teorías de los fundadores del comunismo a través de los éxitos materiales conseguidos en la URSS. El hasta entonces indiscutible emblema del comunismo soviético, Yosif Stalin, había quedado en el olvido^[10]. Pero esta ausencia se hacía más explícita aún al afirmar que el partido había sido fundado sobre la base de los principios marxistas-leninistas. Se trataba de una falsificación histórica. El PSUC, como hemos visto, había nacido como una formación antifascista y marxista. Pero lo significativo era la reinterpretación del pasado en base a los efectos del XX Congreso del PCUS. El estalinismo ya no formaba parte del ADN del PSUC. La columna vertebral ideológica del partido era situada en un marxismo-leninismo, considerado como ciencia para el desarrollo de la sociedad, y del que, acertadamente, se reconocía que su aplicación inmediata en el partido había sido limitada y que, además, se trataba de una ideología poco conocida entre los fundadores del PSUC y mucho menos aún entre la práctica mayoría de los militantes del partido. Esta contradicción entre realidad y voluntad era resultado de la necesidad de encajar el nuevo puzzle que había surgido del XX Congreso del PCUS. Resultaba necesario desterrar cualquier posible reminiscencia del estalinismo en el ADN del PSUC y, la mejor manera para hacerlo, era reivindicar la pureza ideológica del partido en base al marxismo-leninismo como

9.- Así lo ha evidenciado Emanuele Treglia, *Fuera de las catacumbas. La política del PCE y el movimiento obrero*, Madrid, Eneida, 2012, pp.65-66.

10.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «El congrés dels constructors», ANC.

manantial^[11]. Es más, esta posición quedó consolidada y oficializada definitivamente durante el I Congreso del PSUC. El congreso sirvió para reafirmar la identificación del PSUC con los principios marxistas-leninistas y, con ello, dar carpetazo definitivo al marxismo-leninismo-estalinismo^[12]. Así pues, tras agosto de 1956 ya no había marcha atrás posible.

Ahora bien, lo que sí sorprendía era el silencio inicial sobre la figura de Stalin. Había sido olvidada. Se trataba de un fantasma que se obviaba y, con ello, se evitaba el mal trago de tener que asumir críticas contra su figura y legado. De hecho, se tendría que esperar a marzo de 1957 para encontrar por primera vez una referencia pública y crítica versus Stalin. El Comité Central del PSUC utilizó como fórmula para ello colocar en un mismo nivel tanto el culto a la personalidad como las denuncias a los errores cometidos por Stalin. Ahora bien, es igualmente cierto que se ponderaron tanto como fue posible. Los errores cometidos por Stalin se situaron más como un resultado del culto a la personalidad, que como un elemento con personalidad propia. Para empezar, no se utilizó el término «crímenes» sino «errores» para identificarlos. En cambio, se reconoció públicamente que los errores denunciados habían generado una fuerte conmoción en el mundo comunista y filocomunista. Pero no se fue más allá. Es más, se puso en marcha un operativo para salvaguardar en gran medida la figura de Stalin. Primero, porque el reconocimiento de sus errores se presentó, como en el caso de la denuncia al culto de la personalidad, como un paso necesario para poder generar una evolución dentro de los partidos

comunistas de todo el mundo, concretamente como un mecanismo necesario para asumir la necesidad de un cambio profundo sobre determinadas concepciones y prácticas en la vida de los partidos comunistas, entre los que se situaba también al PSUC. Segundo, porque los errores fueron considerados como una parte mínima respecto al conjunto de su obra, motivo por el cual no quedaba empañado el conjunto de la etapa estalinista de la URSS. Y, tercero y relacionado con el elemento anterior, no solo se salvó sino que se magnificó la obra material realizada en la URSS durante la etapa de Stalin. Incluso fue calificada como una obra admirable^[13]. Así, pues, para la dirección del PSUC la figura del otrora gran y único dirigente seguía conservando un estatus que la mantenía en un estadio similar y, lo que era más importante aún, situaba los errores de la etapa estalinista como resultado inherente al culto de la personalidad y no como un elemento propio del sistema estalinista y, más aún, no como el factor estructural del sistema estalinista. Con este panorama, no debe sorprender que la conclusión final esgrimida por la dirección del PSUC no fuese otra que considerar la denuncia del culto a la personalidad y los errores que de él se derivaron como una exigencia necesaria para alcanzar un mayor desarrollo de la URSS y un mejor y más intenso crecimiento del movimiento comunista internacional.

Teniendo presente esta suavidad a la hora de afrontar la figura de Stalin, tampoco resulta sorprendente constatar que los efectos del XX Congreso del PCUS sobre la trayectoria interna del PSUC fueron inocuos. El camino que se había marcado tras la salida forzada de Comorera y la derrota política de sus correligionarios, continuó sin desviarse del guión previsto. El PSUC

11.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «El P.S.U., partit d'avantguarda, dirigent de la classe obrera i del poble catalans», 1956, *Treball*, ANC.

12.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Per l'enfortiment de la unitat», ANC.

13.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «La Unió Soviètica, centre capdavanter del camp mundial socialista», 1957, *Treball*, ANC.

recibió el XX Congreso del PSUC como una formación ideológicamente comunista y orgánicamente dependiente del PCE. Y así continuó tras la denuncia de los crímenes del estalinismo que se realizó en Moscú^[14]. El Comité Ejecutivo surgido del I Congreso no dudó ni un instante en reconocer que establecía unas relaciones de compenetración profunda con el PCE, teóricamente fundamentadas en acuerdos entre iguales los dos partidos, sobre las bases ideológicas comunes de los principios marxistas-leninistas, así como una misma línea política y unos mismos métodos de organización entre ambas formaciones^[15]. El nuevo Comité Ejecutivo contaba con once miembros, entre los que destacaban Moix como secreta-

14.- No había sido interpretado así por C. Cebrián, *Estimat PSUC*, p. 27 que apostó por una reconfiguración del PSUC, no a raíz del impacto del XX Congreso del PCUS, sino como resultado de la interacción entre la sociedad catalana y la lucha clandestina del partido en Cataluña. Según las tesis de esta autora, el contacto entre la sociedad catalana y el partido sería el factor que conduciría a este último a su pluralidad fundacional —entendiendo como tal su compleja definición como formación marxista fruto de la fusión comunista y socialista en un solo partido— y también a una cierta ambigüedad política que, precisamente, sería el factor diferencial del partido respecto al resto de formaciones que optaron por la lucha clandestina en Cataluña. Este elemento sería la clave que explicaría la fuerza y hegemonía que ostentaría el PSUC en la lucha antifranquista en Cataluña. Ciertamente, las tesis de esta autora se ajustan a la realidad al reconocer que la amplitud del discurso político del PSUC, en buena medida como partido paraguas en la esfera marxista, fue la principal clave de su penetración social en los círculos de la lucha antifranquista. Pero, en cambio, no es cierto que el PSUC se re-direccionase a sus orígenes como una formación plural. El PSUC siguió siendo una formación plenamente monolítica que no abandonó en ningún caso su plena identificación con el comunismo que había adoptado como corpus del partido durante la década de los años cuarenta. Otra cuestión es que tuviese la capacidad, que así fue, de penetrar en diferentes grupos sociales y forjarse como el principal partido de la lucha antifranquista en Cataluña. Pero ello no fue a costa de variar la caracterización ideológica del partido.

15.- Así lo recogían los estatutos del partido que fueron aprobados en el I Congreso del PSUC, cuya reproducción parcial se encuentra en C. Cebrián, *Estimat PSUC*, p. 33.

rio general, y nombres nada sospechosos de ser partidarios de las tesis de Comorera como López Raimundo, Ardiaca o Serradell. Todos ellos, como también había sucedido con Comorera a partir de 1938, fervientes defensores de identificar el PSUC como una formación comunista ortodoxa.

También resulta significativo que la nueva dirección acabó manteniendo la marca «PSUC». Pero fue solo como marca y, además, a regañadientes. Ciertamente, dicha marca tenía un alto valor propagandístico en los años de la Guerra Fría. La terminología del partido remitía al origen del mismo como una formación unificada fruto de la fusión de socialistas y comunistas en un mismo partido, que le permitían equipararse nominalmente a algunas formaciones políticas del centro y este de Europa, en la que socialistas y comunistas habían quedado integrados en un mismo partido. En este sentido, fue precisamente Carrillo quien se erigió en el máximo valedor de mantener la independencia nominal del PSUC respecto al PCE. Pero no sin tener que soportar presiones en sentido contrario. Una buena parte de los cuadros directivos del partido catalán clamaban a favor de la absorción y posterior desaparición del PSUC dentro del PCE. Ardiaca había sido uno de los principales valedores de esas tesis ya durante el V Congreso del PCE celebrado en agosto de 1954, para continuar insistiendo en ello en 1959. Y años después le seguirían sus pasos figuras como López Raimundo^[16].

La invasión de Hungría y el Grupo «Anti-Partido» entran en escena.

La primera prueba de toque de calado que tuvo que afrontar la dirección del PSUC a la hora de vestir la imagen pública que había transmitido sobre la desestaliniza-

16.- G. Pala, *El PSUC*, p. 21.

ción fue el episodio húngaro de 1956. No era fácil cuadrar el círculo. Pero se hizo.

El argumento presentado para interpretar la invasión de Hungría fue el franquismo. La censura del régimen fue considerada responsable de las conclusiones a las que llegaron todas aquellas voces que criticaron la invasión de Hungría. El franquismo fue señalado como el responsable de difundir en España una evidente manipulación de los sucesos del país centroeuropeo, ya que los presentó como un movimiento nacional y democrático cuando desde la dirección del PSUC se aseguró que se trataba de una conspiración fascista que quería aprovechar el malestar de una buena parte de la población para establecer un régimen fascista a copia y semblanza de la Hungría de Miklos Horthy durante los años de entreguerras. Es más, la autoría de esta conspiración se situó en las autoridades norteamericanas, la cuales intentaron aprovechar de forma indecente el ambiente de cambio que se había generado a raíz del XX Congreso del PCUS para difundir falsedades entre la población. Como vemos, desde la dirección del PSUC no se negaba que existiese un malestar popular en Hungría. Es más, se reconocía que tanto el gobierno húngaro como el Partido de los Trabajadores habían cometido errores y ello había conducido al descontento popular. Pero a partir de aquí lo que se había producido era una simple y vil manipulación de los ciudadanos para conducir el país hacia el fascismo. Una tesis que culminaba con el resultado final de la supuesta ruptura de relaciones entre la ciudadanía y los líderes de la conspiración, justo a partir del momento en que los primeros pudieron detectar la voluntad de los conspiradores para establecer un modelo fascista en Hungría^[17].

17.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Sobre els esdeveniments d'Hongria», 1956, *Treball*, ANC; Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Sobre els esdeveniments

Esta versión convenció a una gran mayoría de los miembros y simpatizantes del partido en el interior, especialmente en el caso de la organización en Barcelona. Miguel Núñez, la figura clave del partido en la capital catalana, no dudó en reconocer que el esquema elaborado por la dirección del PSUC había penetrado positivamente entre los miembros del partido en Barcelona, para quienes el peso de la lucha antifranquista era mucho mayor que el interés por un país que estaba a miles de kilómetros. Es más, Núñez llegó a afirmar que sin excepción alguna los miembros del partido en la capital catalana habían asimilado plenamente las tesis de la dirección^[18]. Una afirmación, no obstante, que dejaba de lado la reacción negativa que generó en un sector de jóvenes que se movía alrededor del partido y que, un poco más tarde, militarían de forma activa en el mismo. Nos referimos, por ejemplo, al caso de Jordi Solé Tura. Este último personificó cómo el discurso elaborado por la dirección del partido no convenció a todos. Así sucedió con una parte de la generación que no había sido protagonista de los años de la Guerra Civil y que percibió la invasión de las calles de Budapest como la constatación empírica que el discurso desestalinizador era solo una declaración de intenciones. El episodio húngaro les había mostrado que nada había cambiado a nivel estructural. Una parte de esta nueva generación, que actuaban en el interior, se mostraron abiertamente contrarios a la actuación soviética en Hungría y protestaron abiertamente contra ello. La reacción

d'Hongria. Carta oberta a un grup d'intel·lectuals catalans», 1957, *Treball*, ANC; y Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «La Unió Soviètica, centre capdavanter», 1957, *Treball*, ANC.

18.- La reproducción literal de las palabras de Núñez puede seguirse en Giaime Pala, *Cultura clandestina. Los intelectuales del PSUC bajo el Franquismo*, Granada, Comares, 2016, pp. 31-32.



Escaparate de una librería de Budapest, durante los sucesos de Hungría, en el que puede leerse «Rusos a casa». Fotografía tomada el 2 de noviembre de 1956 (Autor: Joop van Bilsen. Fuente: [wikimedia.org](https://commons.wikimedia.org/wiki/File:Bookstore_window_Budapest_1956.jpg)).

de Solé Tura fue de reprobación inmediata de la actuación soviética en Hungría. Tras participar en manifestaciones de protesta, acabó rechazando explícitamente la URSS y su sistema. Y ello le llevó a poner en cuarentena las primeras percepciones que había tenido sobre el XX Congreso del PCUS. Lo habían percibido como un auténtico terremoto que le había despertado el interés por la política internacional y, dentro de ella, por la nueva trayectoria que en teoría se iniciaba en las filas del movimiento comunista internacional. Pero lo vivido en Hungría les había demostrado que nada había cambiado realmente. Las denuncias de Jruschov y la voluntad de renovación estructural del comunismo soviético, y el de sus aliados, para él no dejaban de ser palabrería sin ningún tipo de fondo^[19].

Capeado el temporal de los sucesos húngaros, la dirección del PSUC continuó inamovible en su interpretación del XX Congreso del PCUS. Una nueva oportunidad para mostrarlo fue la reunión del Soviet Supremo de la URSS en mayo de 1957. La citada reunión fue presentada como un encuentro para acordar diferentes medidas de reforma de los métodos de dirección económica del país. Las decisiones aprobadas por el Soviet Supremo fueron consideradas resultado de la aplicación práctica del retorno a los principios leninistas que se habían planteado en el XX Congreso del PCUS: restablecimiento de los métodos de dirección colectiva y del centralismo democrático, así como respeto escrupuloso a la normativa que regía tanto el PCUS como la

19.- En este sentido son especialmente significativas las

memorias de Jordi Solé Tura, *Una història optimista. Memòries*, Barcelona, Edicions 62, 1999, pp. 88-91.

propia URSS. Así, pues, la aplicación práctica de las denuncias de Jruschov fue llevada al campo de los progresos materiales de la URSS y, más concretamente, a los debates sobre el perfeccionamiento de la dirección de la economía del país para conseguir un salto en el proceso de desarrollo económico y cultural de la URSS que superase el funcionamiento excesivamente burocratizado y con déficits de eficiencia que había marcado la URSS en la franja comprendida entre 1932 y 1945^[20].

Pero tras este aparente retorno a la normalidad, rápidamente estalló una segunda prueba de fuego. Desde la dirección del PSUC se hizo público un manifiesto redactado el 10 de julio de 1957. En él se mostraba el pleno apoyo de la dirección del partido catalán a la decisión del Comité Central del PCUS de apartar de sus cargos de alta responsabilidad a tres de las principales figuras del ala dura del estalinismo, Gueorgui Malenkov, Lázar Kaganovich y Viacheslav Molotov que, no lo olvidemos, en junio de 1957 intentaron apartar a Jruschov de la dirección del partido. La acción llevada a cabo contra los calificados como grupo fraccional, denominándolo «Grupo Anti-Partido», fue presentada por la dirección del PSUC como, primero, una medida de fuerza ejemplar y necesaria para evitar un acto y dinámica involucionista contra la aplicación de las decisiones del XX Congreso del PCUS; y, segundo, como el mejor reflejo posible del acierto de las denuncias planteadas en dicho congreso, puesto que la decisión adoptada había sido posible gracias al retorno a los principios leninistas en el PCUS. A partir de aquí, el resultado de esta acción fue trasladado miméticamente al partido catalán: el PSUC no dudaría en luchar abiertamente contra aquello que

oliera a sectarismo y revisionismo y, con ello, pondría el acento en conseguir el fortalecimiento orgánico e ideológico del mismo y, cómo no, potenciar el contacto con las masas. En este caso, la cuadratura del círculo había sido mucho más cómoda que en el caso de los sucesos húngaros^[21].

Tras todo este camino, una última cuestión queda pendiente. Nos referimos al valor estratégico que la dirección del PSUC podía atribuir a la fachada desestalinizadora con la que se había vestido el partido de cara a potenciar la atracción de militantes y simpatizantes. Más aún si tenemos presente el marco de conflictividad social que crecía en Cataluña en el ámbito industrial y universitario en esos años. La dirección del PSUC insistía en el discurso a favor de atraer a sus filas a centenares de jóvenes obreros, estudiantes, campesinos y, según sus propias palabras, otros patriotas más. Tenían que aterrizar en el partido atraídos no sólo por los principios comunistas, sino por las conquistas materiales conseguidas en la URSS, así como por la extensión del modelo socialista al centro y este de Europa, así como por su implicación en la voluntad de derrotar al franquismo^[22].

Los datos conocidos hasta el momento revelan que la extracción de buena parte de la militancia del PSUC tenía un perfil similar. Se trataba de una generación que no estaba condicionada por la Guerra Civil, que se había desarrollado durante los años iniciales del franquismo y cuya principal característica era su combatividad. El mejor ejemplo había sido la reactivación del activismo obrero y estudiantil precisamente durante 1957, del que había resultado mejor ejemplo la movilización estudiantil de

20.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Importants decisions del Soviet Suprem de la U.R.S.S. De reforma de la direcció econòmica», 1957, *Treball*, ANC.

21.- Comitè Executiu del Comitè Central del Partit Socialista Unificat de Catalunya, «Resolució sobre la decisió del Comitè Central del Partit Comunista de la Unió Soviètica», 1957, *Treball*, ANC.

22.- Comitè Central del P.S.U. de Catalunya, «Enfortir», ANC.

ese año en la capital catalana. Las nuevas generaciones de activistas en el interior se convertían en un reflejo más de la creciente potencialidad del partido y, con ello, también de una cierta y particular recepción de los aires relativamente renovadores que procedían de Moscú, aunque no en todos los casos^[23]. En lo que se refiere a la intelectualidad del partido, que es precisamente el caso más recientemente analizado por la historiografía, resulta evidente que en 1956 y los años inmediatamente posteriores, el PSUC tuvo la capacidad para atraer a esa nueva y joven generación de intelectuales catalanes. Y el mérito resulta aún mayor en la medida que se partía de números rojos en

ese campo: en marzo de 1956 no había entrado en el PSUC ningún intelectual. Pero en el verano de ese mismo año el partido contaba ya con una docena de jóvenes intelectuales que, además, presentaban una dinámica bien particular ya que no habían sido cooptados sino que habían decidido entrar en el partido de forma totalmente autónoma, entre los que estaban nombres relevantes como Manuel Sacristán o, por ejemplo, Francesc Vicens. Si hacemos caso de sus propios testimonios, la desestalinización en el PSUC tuvo que ver bien poco, por no decir nada, en su decisión de autoconsiderarse comunistas y, a partir de aquí, entrar a militar en el partido^[24].

23.– Para un seguimiento más detallado de esta cuestión, véase Carme Molinero y Pere Ysàs, *Els anys del PSUC. El partit de l'antifranquisme (1956-1981)*, Barcelona, L'Avenç, 2010, pp. 18-24.

24.– La aportación más significativa y actualizada en este campo corresponde a G. Pala, *Cultura clandestina*, pp. 21-68.